

Año 1

Nº 3

ANALES

— DEL —

Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:


Elias Leiva *Rómulo Tovar*

Luis Castro Faborio

1912

SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA NACIONAL



El Doctor y General

Alejandro Rivas Vázquez


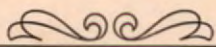

Nació el año de 1881 en la ciudad de San Fernando, capital del Estado Apure, República de Venezuela. Hizo sus estudios de Filosofía en la Escuela Politécnica de Caracas y cursó luego Jurisprudencia en la Ilustre Universidad Central de aquella República, recibiendo el título de Doctor en Ciencias Políticas en 1901.

En 1903 fué llamado á desempeñar la Cartera de Obras Públicas, cargo que sirvió hasta ser electo en 1904, miembro de la Cámara de Diputados. En enero de 1905 fué designado miembro de la Corte Suprema de Caracas, magistratura que abandonó para asistir á las sesiones del Congreso en su carácter ya mencionado. A raíz de inaugurarse la Administración del Presidente Gómez, fué nombrado miembro de la Comisión Revisora de Códigos Nacionales, en donde se mantuvo hasta la apertura de las sesiones del Congreso, el año de 1909, en que fué electo por unanimidad de votos, Presidente de la Cámara de Diputados.—Pasada esa Legislatura fué electo Presidente del Estado Zulia en el interregno provisional de 1909 á 1910.—Al terminarse su administración en este Estado, fué electo nuevamente Diputado al Congreso Nacional en el período constitucional de 1910 á 1914, por el Estado de Apure.

El General Rivas Vázquez, hizo su primera campaña militar á los 18 años, y en 1902, cuando ocurrió el conflicto

de Inglaterra, Alemania é Italia contra Venezuela, era Jefe del Estado Mayor del Ejército del Guárico, uno de los más populosos Estados de la Unión venezolana.—Actualmente es candidato á la Presidencia de la República, por el Partido Progresista.





Pueblos fuertes y pueblos débiles

Conferencia dictada en el Ateneo de Costa Rica la noche del 27
de mayo de 1912, por el Doctor don Alejandro Rivas Vázquez.

Distinguidas damas y caballeros:

Quizás la exposición de mis ideas, en momentos en que la onda de una alta y bien intencionada propaganda intenta colocar de facción el sentimiento de raza de los pueblos latinos en las misteriosas avenidas del futuro de nuestro Continente, pueda concitarme críticas severas por quienes no gustan de ser interrumpidos en medio del grato ensueño por la voz de una realidad absolutamente humana. Sin embargo, á arrostrar vengo esas críticas, porque ha sido siempre mi táctica en la batalla de la vida, la franca exhibición de las propias convicciones; porque pienso que el hombre honrado que aspire á servir útilmente á su patria, á su raza ó á la humanidad, está obligado, ante todo, á ser sincero; y finalmente, porque elemento integrante de un pueblo cuya suerte se discute en el conjunto, juzgo ineludible el deber y legítimo el derecho que mueven mi palabra.

Comenzaré por declarar paladinamente, y como venezolano, que si yo temiese el imperialismo yanqui, sería, no porque este imperialismo tenga algo de más odioso, de más brutal ó de más osado que el inglés, que el alemán ó el fran-

cés, en los tiempos que corren, ó que el español, el turco, el romano, el griego ó el persa, en otras edades, sino, sencillamente, porque mi Patria es débil, porque mi Patria es pobre, porque á las águilas que un día se posaron victoriosas sobre cumbres de gloria y de heroísmo fulgurantes, la mano siniestra y maldita de la tiranía ha cortado alas, picos y garras.

La cuestión, pues, en mi concepto, no es de raza: es de pueblos fuertes que aspiran naturalmente al predominio en sus relaciones con los pueblos débiles, y, en consecuencia, no ser débil, esto es, disponer de los medios materiales suficientes para defender el derecho á vivir, considerados y libres, he aquí el *quid* de la cuestión.

¿Cuáles caminos deberán recorrer los pueblos débiles de América para salvar los peligros á que les expone su propia debilidad?

En la discusión del problema los interesados nos dividimos en tres grupos principales:

Algunos, flacos de fe, ó rebosantes de egoísmo, hanse hecho personeros de un pesimismo disolvente que ha contribuido en gran parte á aumentar nuestro desprestigio en el concepto extranjero.

Otros, generosos y gallardos, preconizan la unión entre todos los pueblos de la raza. Bolívar, fuerza altísima de acción y de pensamiento, fué el primero en esbozar esta idea y en procurar su verificación efectiva.

Y existe un tercer grupo que aspira á salvar la soberanía, independencia é integridad territorial de la Nación, con el rápido y franco desarrollo de las riquezas naturales,—incalculables en esta casi virgen América Latina,—con el incremento vigoroso de la población y con la educación republicana del ciudadano.

Desde que me inicié en la vida pública de mi Patria me afilié ardientemente á este último grupo, seducido por la excelencia práctica de sus teorías.

Para los primeros,—en veces, eunucos disfrazados de guerreros, y siempre, mercaderes disfrazados de patriotas,—que se han constituido en portavoz de un desaliento vergonzoso é irritante, que tratan de infiltrar en la sencilla alma de nuestros pueblos, como un veneno sin antídoto, la convicción de una ineptitud invencible para evolucionar por nosotros mismos colocándonos en el plano más elevado del progreso

y de la civilización, que hacen labor ardua, preparando el rendimiento á discreción de nuestra voluntad ante el empuje avasallador de extraños imperialismos, al proclamar que sólo encuentran la conquista como solución inevitable del problema, para esos he tenido, mantengo y sustentaré mientras viva, mis más nobles, justos y airados anatemas.

Amo, en cambio, la hermosa y sugestiva visión política de quienes fían á una alianza entre los pueblos de la misma raza la conservación de nuestra existencia autonómica, autorizada y libre en la *Magna Civitas*, pero considero esa visión, en el estado actual de nuestras respectivas situaciones internas, una utopía irrealizable que, aun realizada, resultaría absolutamente ineficaz para responder al propósito anhelado y perseguido.

Como nos lo enseña la historia, jamás ha sido el sentimiento ó ideal de raza el móvil de ninguna cruzada guerrera, ofensiva ó defensiva, entre colectividades de hombres. Pasiones ó intereses de partido, desapoderada ambición de un individuo ó de una casta, aspiraciones libertarias, de justicia ó equidad, nobles y generosas ideas de reformas sociales, administrativas ó políticas, han engendrado las guerras civiles; intereses ó necesidades nacionales, pretensión de hegemonía de un país sobre otro, ó sobre otros ó sobre todos, legítima defensa de los agredidos, ideal de independencia, han dado nacimiento á las guerras internacionales, y el fanatismo religioso á las cruzadas de la fe. Jamás se ha visto entre pueblos la batalla racial, y, antes bien, el sentimiento ó ideal de raza hízose siempre á un lado cuando entraron en juego los intereses ó aspiraciones nacionales, como ha sucedido con el sentimiento ó ideal de fraternidad ciudadana, cuando se ventilaron inconciliables pretensiones ó intereses de partido, y con la sagrada vinculación de familia cuando han chocado ambiciones ó intereses individuales. Esa es la historia.

Combatieron entre sí las agrupaciones ocupantes de una misma extensión territorial hasta que la más fuerte realizó la unidad del conjunto bajo su imperio. Entonces nació la tendencia conquistadora del Estado.

Los tiempos heroicos comenzaron en Grecia con las luchas entre el Pelasgo Oriental y el Occidental por el predominio en la Península, y más largas y cruentas que las guerras contra el Persa y el Macedonio invasores, fueron

las sostenidas entre los grupos autonómicos de la Nación por la respectiva hegemonía, ora del lacedemonio, ora del ateniense ó del tebano.

Roma, ciudad—Nación organizada natural y socialmente desde su origen para la guerra exterior, — inició sus luchas con los vecinos más débiles y á medida que fué fortaleciéndose por la conquista, fué extendiendo el radio de su acometividad hasta los extremos del mundo conocido, siempre en nombre de la nación y para la nación, jamás en nombre de la raza. Tan esclavo fué el habitante del Lacio, como el tracio y el ilirio, y si bien es verdad que fué aquél el primero en adquirir la ciudadanía romana, á poco andar la apetecida liberalidad cesárea era extendida por Caracalla á todos los habitantes del Imperio.

Lo mismo ha sucedido en todos los demás grupos étnicos que han llegado á consolidar su existencia. En todos, el interés nacional ha podido motivar combates ó actitudes en defensa de otros grupos, como lo demuestran Inglaterra frente al imperialismo francés y Estados Unidos oponiendo el monroismo á la rapacidad europea; pero jamás ha existido un interés más alto ó amplio que el del Estado impulsando á una nación á precipitar sus destinos en el azar de una lidia política ó guerrera de carácter internacional.

Y hemos visto, antes bien, repetirse incesantemente el caso, á través de las edades, de aliarse una nación á otra de raza antagónica contra hermana ó hermanas de la misma raza, cuando sus conveniencias ó necesidades así lo han reclamado. Ved, si no, en los tiempos modernos, á España aceptando la hegemonía de Inglaterra para ir contra Francia; á Inglaterra dándose la mano con el Japón, temible avanzada del llamado peligro amarillo, y á China volviendo sus ojos al mundo occidental, singularmente á Rusia, temerosa del nipón imperialista. ¿No se ha vinculado Italia al aguerrido teutón contra su hermana de raza y protectora de su unidad?

Ah! qué bien nos hablan á los latino-americanos de la solidaridad de raza la saña española, que si ya se olvida, es porque el sueño de la reconquista penetró desde hace muchos años en el campo de las cosas imposibles; la pretensión colonial de Francia; la acción coercitiva en diferentes veces de Francia, España é Italia sobre algunos de nuestros débiles países; la enemiga irreconciliable entre Perú y Chile

y el sordo recelo entre Brasil y Argentina y entre otras entidades de la raza en el Continente.

En medio de la ceguedad inherente al sér humano para escrutar el porvenir, sólo la historia puede suministrar-nos elementos para iluminar el sendero y dirigir acertadamente nuestros pasos.

El Siglo XIX nos presenta dos singulares ejemplos de la unión de pueblos independientes para constituir un solo grande Estado: Italia y Alemania; pero ambos fenómenos, bien analizados, confirman elocuentemente la tesis de que sólo en el caso de que uno de los grupos actores en determinado radio de acción haya llegado á alcanzar una fuerza so-juzgadora de los que le rodean, podrá operarse la unión ó confederación de todos bajo el predominio del más fuerte. ¿Cuál será en la América Latina la Prusia ó la Casa de Saboya?

Los españoles de América presentamos dos fenómenos opuestos que responden igualmente y con no menos elocuencia al mismo sistema de conclusiones: la desintegración de la gran Colombia y la de la América Central. Ninguno de los grupos ó entidades nacionales que constituyeron el Grande Estado, fué suficientemente poderoso para mantener la unión estrangulando en flor la tendencia separatista y la vinculación quedó rota, quién sabe hasta cuándo, pero nunca antes de que alguno de los pequeños y débiles grupos se haya transformado en grande y fuerte para dominar á los demás.

Y si esos ensayos en reducida escala han conducido al fracaso más completo, ¿no estará justificada la opinión de los que juzgamos por hoy bella utopía irrealizable una Gran Confederación Latino-Americana?

Si esas Confederaciones chicas se han disuelto á la sola solicitud de sus fuerzas interiores, ¿cómo se concibe que subsistiendo todavía el mismo estado político en la mayoría de los grupos latinos de América, con la agravante de tener muy próxima una gran fuerza extraña que, aun cuando espontáneamente no quisiere agredirnos veríase compelida á ello ante una actitud franca ó embozadamente retadora, cómo se concibe, repito, la realización y mantenimiento de esa gigantesca Confederación Latino-Americana?

Si somos impotentes para resolver los problemas de la propia casa, ¿cuál contingente podremos llevar á la solución feliz de los problemas ajenos?

En la unión consiste la fuerza, dice un viejo aforismo,

y es verdad, cuando esa unión se hace con elementos de valor positivo y homogéneo; pero en el caso de una Confederación Latino Americana, en que el valor de muchas unidades que todavía no han podido constituirse ellas mismas en factores de propio progreso y de legítima defensa debe considerarse como negativo y anárquico, ¿cuál fortaleza podrá asignársele á ese conglomerado artificial y clorótico de pueblos, esclavizados la mayor parte por sañudos despotismos, y, consecencialmente, agitados por el fermento de las revoluciones?

En la América, señores, hay muchos pueblos contaminados de la lepra destructora del cacicazgo primitivo, amoral, feroz y sanguinario, pueblos leprosos que en vano han pretendido dentro de un ciclo centenario de revueltas guerreras matar el germen infeccioso para incorporarse, sanos y robustos, al movimiento ascendente y armónico de las naciones libres. Mientras haya despotismos habrá revoluciones y mientras haya revoluciones habrá ruina, descrédito, miseria y charcas de sangre hermana, pestilenciales y horribles. Tiranías y guerras civiles, causas agotadoras de las energías colectivas y, de consiguiente, preparadoras de la conquista extranjera, continúan azotando núcleos nacionales, algunos de los cuales fueron ayer médula, nervio y brazo, formidables é invictos en la magna lucha de la emancipación colonial; y ¿dónde está el decantado sentimiento de raza que no contribuye con un esfuerzo cualquiera á la barrida total de las tiranías militares y religiosas del amplio escenario de la América? Quiérese acudir al sentimiento de raza para realizar una obra de colosales proporciones y ese mismo sentimiento se ha manifestado impotente para fortalecer ó libertar una sola siquiera de las unidades que integran el conjunto que se pretende salvar.

Y si queremos edificar una casa de pueblos viriles y aptos para la lucha, ¿no sería lógico que empezásemos por sanear los organismos infestados, vacilantes y raquíticos, cuyo contacto amenaza contagiar y derribar la casa toda? Para mí es axioma sociológico que mientras los pueblos no sean dueños, conscientes y libres, de sus respectivos destinos, es inútil contar con ellos para que atiendan compromisos de solidaridad de raza, desde luego que no han podido satisfacer deberes de propia conservación y desarrollo, que son los superiores y más fuertes.

Ved ahora, señores, los fundamentos que deducimos los que formamos el tercer grupo de combatientes para justificar nuestra opinión y proceder.

Conservarse y crecer, he aquí los movimientos instintivos de todo sér animado; esos movimientos, engendrados por la naturaleza misma y llamados egoístas, desaparecerán con la vida y su finalidad victoriosa será siempre el objetivo de los mayores esfuerzos y de los más desesperados empeños.

El amor al yo tiene su más noble extensión práctica en el amor á la Patria, cuya tierra nos engendró, en cuyo ambiente se nutrió nuestro espíritu, dentro de cuyos horizontes se desarrolló nuestra mente y hemos convivido con los seres más queridos, á cuya visión van adheridos casi siempre los recuerdos de la infancia y de la juventud, cuyas glorias nos enseñaron á amar desde pequeños, cuyo nombre nos dió apellido, humilde ó ilustre, en la ciudad de las naciones, bajo cuyo cielo fundamos el hogar y abrimos la tienda de campaña para luchar por la existencia, y en los pliegues de cuya bandera van envueltos la representación, defensa y porvenir de nuestras aspiraciones y derechos individuales y de familia.

Ese sentimiento, que ha prendido en cada página de la historia un incendio glorioso, que, cuando herido, apaga la voz del de todos los demás que vibran en la infinita gama pasional que registra el espíritu del hombre y que palpita siempre en la raíz de todo otro aparentemente inspirador de nuestras acciones generosas, ese sentimiento ha sido, es y será el motor más potente del progreso y la fragua milagrosa en que nuestro genio creador moldea las transformaciones admirables de la civilización. Cuando Pasteur formula su célebre teoría microbiana, antes que en la humanidad y en la familia, piensa en la Francia, en cuyo pórtico cuelga su obra el más eximio trofeo de la investigación científica; cuando Alejandro sojuzga la Grecia y conquista el Asia, nada quiere para sí y sí todo para el nombre macedónico; cuando Pitt libra y gana la batalla más grande de los siglos, son el honor y la vida de Inglaterra amenazados por la furia irresistible del genio napoleónico, los que conducen su voluntad á la cumbre más alta y fecunda de la perseverancia humana; cuando Edíson lanza al mundo la maravilla de sus inventos, siéntese orgulloso de ser americano. Es el senti-

miento patrio el que anima la voz de la madre, de la esposa, de la hija y de la hermana, para decir al sér amado que ya suenan los clarines llamando á la matanza y que corra al peligro á coronar la frente con la palma de los héroes; el que mueve el brazo de Leonidas y la mano de Ricaurte ó de Juan Santamaría; el que justifica el célebre Decreto de Trujillo; el que resucita en manos de Olmedo la lira de Homero para cantar la hazaña de los libertadores del suelo de los Incas; el que punza el corazón del sabio francés ante la verdad portentosa declarada por Erlich; el que forja la lanza del Cid, la espada que ciñó Juana de Arco, la pluma de los enciclopedistas y los espejos ustorios de Arquímedes; el que al hacer la Historia impele á Mitre á exaltar sobre Bolívar la figura de San Martín; el que guía la planta del explorador audaz en conquista para su bandera de horizontes desconocidos; el que hace de Martí un apóstol, de Washington un libertador, de Ito un reformador, de Bismarck y de Cavour reconstructores de grandes unidades políticas; el mismo, en fin, que sostiene al Cristo cuando sufre y muere para que cumplidas y consagradas queden ante el mundo las predicciones de los profetas de su pueblo bien amado, el pueblo de Dios por antonomasia llamado y conocido.

Y este sentimiento, innato en el organismo social, responde al instinto de conservación del organismo individual. Como éste es inmutable y eterno. La civilización, al cambiar de formas, podrá transformar sensiblemente nuestros hábitos, ideas y tendencias de cultura; pero jamás podrá modificar en modo alguno la constitución íntima del cuerpo colectivo, resultante á su vez de la naturaleza *siempre una misma* del sér humano. Desde la horda primitiva hasta el Estado en su mayor grado de perfección, y de este grado en descenso hasta la disolución final, las agrupaciones humanas han venido reproduciendo esencialmente y con una identidad inexorable la misma clase de fenómenos.

Mas así como en los individuos el instinto de conservación se relaja, debilita y muere, por virtud de estados morbosos del cuerpo ó del espíritu, el patriotismo de los pueblos también pierde su prestigio y su vigor, debido á vicios interiores, cuya extirpación es la medida primera y fundamental que debe adoptarse en el propósito de salvación de la vida colectiva. Cuando el organismo de un hombre no suministra por sí mismo la base de defensa contra un mal

que le ataca rudamente, en vano solicitaréis milagrosas panaceas y tónicos maravillosos: la muerte se hizo inevitable; y cuando un pueblo no saca de sí mismo fuerzas positivas para combatir y repeler victoriosamente la ambición absorbente de otros pueblos, es inútil pretender formarle escudos con alianzas ó federaciones—en el supuesto de que haya quien quiera aliarse ó confederarse de buen grado con quien no aporta ventajas sino inconvenientes,—porque si se libra de perder su autonomía en la garra del asaltante, la perderá fatalmente en la garra auxiliadora. Sólo la exaltación del sentimiento patrio en el alma popular hasta erigirlo en culto máximo, de constante y austero ejercicio, del cual cada ciudadano sea un sacerdote ejemplar, dispuesto á toda hora á sacrificarse para impedir la más ligera profanación del ídolo, sólo ella será medicina salvadora y su solicitud y aplicación debe de ser la tarea que con presteza y fe de apóstoles iniciemos, teniendo en cuenta la íntima correlación que existe entre el deber y el derecho.

En efecto. Todo lo debe el hombre á su Patria: afeciones, ideales, intereses, vida, todo; pero, recíprocamente, la Patria es deudora al ciudadano: de garantías individuales, de trabajo remunerador, de bienestar, de un nombre respetado y digno y de defensa permanente. Allí donde la Patria, representada por sus Magistrados, no da nada de eso ó da muy poco, natural é insensiblemente, la virtud del patriotismo se va debilitando y para el pobre paria, cuya vida es el dolor agudo y múltiple, la visión radiante de la Patria buena, gloriosa y fuerte, la virgen milagrosa del heroísmo, va esfumándose en horizontes cuyas sombras van cada vez haciéndose más densas. Obsérvanse entonces, desgraciadamente, transformaciones y fenómenos en un todo semejantes á los que se suceden en la vida de familia, cuando la moral queda deshecha y el vicio entronizado. Habrá hijos y hermanos que combatan hasta morir por el honor vilipendiado; habrá hijos y hermanos que olviden la vinculación de cariño y de respeto y se alejen desconociendo á los seres que un tiempo fueron venerados y queridos; y habrá hijos y hermanos en quienes la convivencia en el desastre, degrade y envilezca, hasta hacerles traficar con la vergüenza y con la infamia.

En la vida nacional ésta es la obra de los despotismos cuya acción nefanda es preciso y urgente contrarrestar y vencer; y es por ello que yo pienso que el ideal y el senti-

miento patrios vincúlense fundamentalmente en la organización política y administrativa interior de cada pueblo. Entre el despotismo autóctono y el imperialismo extranjero, yo me quedé sin ninguno, porque el primero es el antecedente repugnante y fatídico del segundo, y muchas veces, su justificación culpable; y, por lo mismo, la destrucción total de aquél debe ser el primero, y sin duda, el más terrible golpe que podamos y debamos asestar á las humillantes pretensiones de otros pueblos.

La mano de la tiranía cercena á los pueblos sus medios de defensa naturales, así morales como físicos. La tiranía, por virtud de la corrupción y del terror, degrada y envilece el carácter del ciudadano; por virtud del oscurantismo, embota su conciencia; por virtud del oleaje de ignominia que arroja la brutalidad de sus procedimientos sobre el nombre de la Patria, arrebatada á éste su prestigio para mover, á la hora de las crisis supremas, la voluntad del nacional y la simpatía del extranjero. La tiranía, por virtud de sus especulaciones industriales y bursátiles trastorna y coacciona las corrientes económicas que nutren el organismo de las sociedades; estanca la riqueza territorial; ahuyenta los capitales, propios ó extraños; precipita á los pueblos en el caos de la sedición; consume el descrédito y la ruina del Estado; en una palabra, empobrece, aniquila y amenaza matar por consunción á las pobres colectividades que la sufren. Mientras haya despotismos existirán Aratos, Condes de Luna, Príncipes de la Paz y Talleyranes, y mientras haya despotismos habrán pueblos inermes, fáciles presas á la voracidad de los más fuertes.

Y es por ello que á los ojos del Mundo siempre fué símbolo sagrado, enaltecedor y grande, la bandera de la Revolución. Las rebeliones sucesivas del pueblo contra el patriciado y del esclavo contra el señor, determinaron las cláusulas más hermosas y humanas de ese monumento de los siglos que se llama el Derecho Romano; el levantamiento general de Francia contra la reyesidad y la aristocracia opresoras, produjo la transformación más trascendental y gloriosa que han padecido las ideas y prácticas políticas del hombre; la insurrección de las colonias americanas, engendró nacionalidades en el vientre calcinador de las batallas.

Al despotismo, acción, fuerza aniquiladora, ha res-

pondido la humanidad constantemente con la Revolución, reacción, fuerza reparadora. Es la ley social, cuya eficacia puede equipararse en el mundo físico á la de la ley de gravedad.

La suspicacia extranjera, encontrando un aliado complaciente y vil en el excepticismo criollo, pretende enrostrar á la joven América Latina la prolongada convulsibilidad de la mayor parte de sus entidades nacionales. Despojados de memoria y de observación se muestran: olvidan que el pueblo inglés trepidó durante más de tres siglos bajo la planta de sus guerreros antes de consolidar el imperio de la paz, maravillosa y fecunda, que hoy ostenta; que el de Francia sirvió de campo al secular pugilato fratricida de la realeza contra los señores feudales, de éstos entre sí y del pueblo contra todos, antes de que la aspiración republicana hubiese cristalizado en sistema político efectivo; que los ocho siglos de dominación sarracena fueron en España ochocientos años de protesta armada permanente; que hoy mismo en que se quiere hacer de la barbarie una mortaja para la reputación de nuestros pueblos incipientes, las diarias escaramuzas que desde luengo tiempo viene librando en Europa y Estados Unidos el proletariado contra la tiranía del dinero, han regado ya la tierra con abundante sangre de víctimas y han presentado espectáculos de horror é ignominia que nos hacen presagiar cómo serán de terribles y feroces los días, quién sabe de cuánta duración, de la batalla final; y que, por último, así como el despotismo de una fuerza cualquiera está incubándose, á veces durante siglos, en el organismo de las sociedades, éstas necesitan de largos períodos de tiempo para desarrollar en toda su plenitud la fuerza libertadora.

Jamás han cedido los despotismos á las pacíficas insinuaciones del Derecho. Siempre ha sido necesario vencerlos por la fuerza. Yo diré como Juancho Uribe: "Los que quieren ser libres no pueden esperarlos de la evolución del tiempo, que los sorprendería en el sepulcro. La iniquidad ahonda sus raíces con la tolerancia, como invade el bosque si se abandona el hacha. De dos modos vive el error: por lo que tiene de audaz y por lo que sus enemigos tienen de pusilánimes. Sufrirlo es consentirlo; demorar el golpe es precipitar la afrenta. No hay otro término que la libertad ó la muerte para los hombres dignos".

Todo cuanto hay de noble, alto y generoso en un pue-

blo oprimido palpita en su aspiración revolucionaria. De ella será egregio empeño poner en acción la musculatura entumecida y atrofiada de la ciudadanía para desbaratar la farsa de la paz, paz penitenciaria del viejo sistema inquisitorial, dentro de la cual se inmolan silenciosamente todas las energías impulsoras del cuerpo colectivo, se obstruyen obstinadamente todos los focos de la prosperidad pública y privada, y se hacinan horrruras sobre el nombre y decoro nacionales; y en sembrar después, en los surcos abiertos por la victoria, la simiente de la paz auténtica y benéfica, paz—movimiento—progreso—salud y vida, paz de la naturaleza en el laboratorio universal y en plena primavera, dentro de la cual se construyan, sólida y rápidamente, los cimientos de la Patria futura, respetada y grande, con el desarrollo de sus riquezas naturales; trillando de comunicaciones su territorio; promoviendo el incremento de su comercio é industrias; ocupando los brazos existentes en la labor civilizadora y útil; iniciando una intensa corriente inmigratoria de raza asimilable y superior, que pueble, anime y explote nuestros dilatados desiertos, comunicando á la vez, densidad y fuerza á la opinión pública, hasta convertirla, como dice Grincke, en poder controlador de los demás Poderes del Estado; halagando el capital extranjero con leyes sabias y liberales; restableciendo la confianza interior en el imperio de la Justicia y del Derecho por cuya virtud no tardará en consolidarse el crédito exterior; organizando y levantando la institución militar; difundiendo la instrucción y educando á los pueblos en toda su amplitud en el ejercicio efectivo de las prerrogativas y funciones ciudadanas.

Si un pueblo de esclavos, miserable y estacionario, vale uno; ese mismo pueblo, transformados sus habitantes en ciudadanos libres, próspero y en crecimiento progresivo, valdrá diez, veinte, treinta ó mil; pero siempre mucho más que antes, y precisamente, donde con mejor exactitud y mayor evidencia se mide este cambio de valor es en sus relaciones con los otros pueblos. Yo no sabría cómo calificar la tesis que pretenda separar la política exterior de un país de la organización interior, que es su fundamento. La organización interior es la que determina la fuerza de combate del Estado y esta fuerza es á su vez la que califica el valor de la respectiva diplomacia. La doctrina Drago es más bella y generosa que la doctrina Monroe, y, sin embargo, ésta es ya precepto

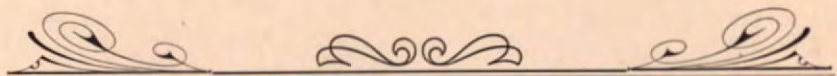
práctico del Derecho de Gentes, mientras que aquélla no ha pasado de la simple teoría. ¿Por qué? Sencillamente, por la enorme diferencia que existe entre el valor real de Estados Unidos y de República Argentina.

De lo anteriormente expuesto, concluyo: que yo no creo que sea haciendo propaganda de unión de raza para enfren-tárnosle al yanqui, grande y fuerte, que nosotros debemos trabajar por la consolidación de nuestros respectivos destinos au-tonómicos. Repito ingenuamente que yo no veo la posibilidad ni la eficacia de esa unión y por mi parte confieso que no temo al yanqui, porque dentro de mi corazón alumbra, como nua lámpara divina, la íntima convicción de que al empuje formidable de los soldados de la libertad rodarán deshechos los viejos y perniciosos despotismos que flagelan las espaldas de la raza en el vasto suelo de la América. ¡Ah, entonces, ya veréis cómo vuelan nuestros pueblos semejantes á bandadas de cóndores, majestuosos y temibles!

Es el programa de la Revolución, traducido en hechos, el que hay que oponer á toda tendencia esclavizadora, nacional ó extranjera. Es ése el que han seguido todos los grupos que han podido pasar felizmente de la vida embri-onaria á la vida regular, y del que nos dan brillante ejemplo las hermanas de raza, Brasil, Argentina y Chile.

Entre la mole gigantesca y negra del despotismo y las fértiles y verdes cumbres de la democracia activa, sólo hay un viaducto: la Revolución. A forzar su paso cuanto antes, heroica y gallardamente, como Bolívar los páramos andinos ó Bonaparte el puente de Arcole, nos empuja, imperiosa, ir-re-sistiblemente, nuestro santo y puro amor á la Patria, á la Raza y á la Humanidad.





EL LIBERTADOR

Conferencia dictada por el Doctor don Alejandro Rivas Vázquez
en la Velada especial que celebró el Ateneo de Costa Rica el 28 de
octubre de 1912, en homenaje á la memoria del Libertador

Simón Bolívar

Señores y señoras:

El genio de Colón deslumbró la Europa presentando á sus miradas un mundo apenas sospechado. El estupor del hallazgo pasó pronto y el ansia de dominio lanzó la cruzada conquistadora sobre las tierras de América, en donde viejas y grandes nacionalidades urdían pacífica y muellemente la trama de su historia.

La legión invasora no paró mientes en que lengua, costumbres, religión, leyes, monumentos, todos los materiales en fin, que definen un estado de civilización peculiar de cada pueblo, señalaban la existencia en el llamado Nuevo Mundo, de una raza, que podía ofrecer quizás en su comparación con las hasta entonces conocidas, diferencias esenciales, pero que se encontraba, indiscutiblemente, dentro del género superior, racional y progresivo, denominado humano. Del sér humano fuéronle negados, sin embargo, todos los atributos que le dignifican, y en lugar de merecer una respetuosa, inteligente y hábil penetración comercial y política, confundida con la bestia que poblaba sus selvas, sus montes y sus pampas, la vasta y riquísima heredad que de pleno derecho le pertene-

cía, fué declarada yacente y en virtud de un principio de jurisprudencia primitiva erigióse en propiedad del ocupante que á sí mismo se apellidó el primero.

España fué, por razón del descubrimiento y de su fortaleza de la época, la nación europea que mejor se aprovechó del magnífico botín, reservándose la más dilatada y fértil porción del Continente. A nombre del Rey y de Cristo, cualquiera que flamearon los pendones de Castilla y de la fe, por el fiero y soberbio abuelo hispano el habitante indígena fué declarado siervo y su resistencia castigada con la muerte.

Y después de la conquista, cuando ya sumiso el antiguo poblador arrastraba la cadena, empleóse un sistema de administración y de gobierno, que no estuvo menos caracterizado por el acto de lesa humanidad de exterminio de la raza aborigen, unido á otro no menos abominable: la introducción de esclavos negros sobre el suelo virgen recientemente revelado. Según la expresión de Michelet "apenas descubierta la América hízose el campo de la esclavitud".

¿Qué importaba al conquistador español la extinción de una raza que menospreciaba profundamente, su degeneración por el cruzamiento con otras inferiores, su envilecimiento por el hábito de la más baja servidumbre? América fué desde un principio el inmenso sumidero de la Península, en donde raras veces batiera el viento la melena del noble león de Castilla y en donde sólo alzara su vuelo el cuervo simbólico y sombrío; de donde sólo era admisible como bueno el oro y la plata de sus minas para repletar las arcas reales, sus demás productos para saciar el judaico apetito de los comerciantes de Cádiz y su mercado de consumo para el artículo de pesada exportación y la grosera baratija; en donde la mazmorra y el patíbulo de la Inquisición fueron celosos guardianes del Imperio de las tinieblas en la conciencia del rebaño oprimido y el rancio orgullo ibérico falseó el sagrado concepto de la generación hasta el extremo de recrearse complacido el peninsular libre en la prole esclava por el solo hecho de nacer americana.

Corrieron los tiempos y al par que crecía la demencia devoradora del pulpo, cuyos tentáculos abrazaban férreamente el vasto dominio colonial, éste era sacudido por un movimiento de legítima protesta que comenzó por la queja argumentada y culminó, al finalizar la primera década del siglo XIX, en actos de franca y vigorosa rebelión.

Cuando,—hace ya algunos meses,— una simpática representación de la juventud que en esta capital nutre su cerebro con la savia de la ciencia en el campo hermoso y fecundo del Derecho, hízome el alto honor de exigir á mi palabra una nueva emisión pública del modesto pensamiento mío, juzgué que ningún tema podía ofrecer más alto interés para una tan distinguida porción de la mentalidad centroamericana, que el análisis, siquiera suscinto, de la energía atlética y vibrante que fatigara al monstruo en quince años de cruento combatir homérico, le debilitara con los golpes formidables asestados en *Boyacá*, en *Carabobo*, en *Pichincha* y en *Junín* y le partiera el corazón con la tremenda y soberbia cuchillada de *Ayacucho*; por cuya virtud, los férreos tentáculos cayeron y el vasto imperio colonial de España en el Continente, adquirió en gran parte y consolidó en el todo la libre posesión de sus destinos.

Inconvenientes de índole diversa surgieron al paso de aquella solicitud honrosa aplazando por tiempo indefinido mi vehemente deseo de corresponder á ella. Mas, al descorrer esta noche el discreto velo que ha venido cubriendo la sencilla urdimbre de mi labor, solemnemente me declaro deudor del empeño ofrecido al núcleo estudiantil que me hizo objeto de una representación tan grata cuanto enaltecadora.

Además, como la vida de Bolívar presenta un ejemplo perillustre de consagración á la Patria,—de que fué Padre,—de amor á la libertad—de que es símbolo radiante,—de previsión y de cálculo políticos, de genio guerrero, de pensamiento de insondable profundidad filosófica, de palabra de elocuencia irresistible, de infatigable y perseverante voluntad y de abnegación incomparable,—ejemplo cuyo estudio urge hacer objeto de un trabajo de vulgarización por los pueblos de raza latinoamericana, cuya es la herencia inestimable de tan alta gloria,—he creído que existía para mí un deber ineludible é inaplazable de exhibir mi esfuerzo en la iniciación de ese trabajo, como quien pone insignificante grano de incienso en el rico pebetero áureo de esta ofrenda que no-blemente hace al Libertador, el día de su onomástico, el Ateneo de Costa Rica.

* * *

Simón Bolívar nació el 24 de julio de 1783. Caracas, la gentil ciudad avileña, fué su cuna. De familia ilustre en los fastos de la colonia y de opulencia extraordinaria. Desde niño comenzó á revelar el carácter inquieto, batallador y apasionado que más tarde le enseñara el derrotero de la celebridad y de la gloria. Enviado á España á perfeccionar sus estudios de Humanidades, casó allá cuando aun no había cumplido cuatro lustros y en compañía de su esposa regresó inmediatamente á Venezuela. Poco tiempo después falleció la bella y tierna cautivadora de su corazón. Fiebre de amor herido, de incurable duelo, redujo á lastimosa postración su espíritu, hasta que en los aires puros y el variado panorama de la campiña europea, pudo hallar energía reparadora. A través de los caminos y los campos del viejo solar latino, caminaban dialogando,—¡diálogos profundos y hermosos!— el futuro libertador y su sabio maestro don Simón Rodríguez. Un día detuvieron la planta peregrina sobre el Monte Sacro,—la más famosa de las siete colinas en que los hijos de la loba fundaron el asiento del más grande imperio antiguo,— cuando de pronto el joven Bolívar se transfigura y de sus labios fluyen palabras de una extraña y fascinadora orientación profética: su alma ardiente, generosa y pensadora, concéntrase en la voz, en la mirada y en el gesto, é irguiéndose sobre la maciza y resplandeciente montaña de sus ideas convencidas,—vidente y atrevida,—evoca á Dios y bajo la fórmula sacramental del juramento, celebra sus desposorios con la Patria.

Desde entonces su palabra adquiere ese acento, ora arrogante, ora persuasivo, siempre vibrante y firme, de quien se siente predestinado al cumplimiento de una sublime misión trascendental, y sus sueños juveniles ya no fueron sino planes de lucha titánica y sangrienta á cuya raíz estaba fatalmente adherida la victoria. En ejecución de ellos sólo pensó en propagar, vuelto á Caracas en 1806, el fuego purificador de las ideas revolucionarias y en solicitar voluntades, valerosas y osadas, que le acompañasen á establecer la proyectada mudanza.

La oportunidad para intentarlo no tardó en presentarse. Napoleón, el gigante de la época, estrujaba en Bayona el carcomido cetro de la realeza española y el pretexto de conservación de los derechos de Fernando podía encubrir admirablemente el magno y nobilísimo propósito. Así se hizo el

19 de abril de 1810, día genésico de nuestra vida independiente y soberana. En aquella fecha depuestas fueron todas las autoridades españolas y el pueblo de Caracas, por sí y en representación de las provincias hermanas, asignó un Gobierno propio á la antigua Capitanía General de Venezuela; por cuyo acto y posteriores, bien conquistó aquel pueblo generoso el preclaro honor de ser el primado de la libertad en el mundo español del Continente. Como dice, con rigurosa exactitud histórica, el granadino don José Manuel Restrepo, refiriéndose á la independencia de los grupos hispanoamericanos, "Venezuela tuvo la gloria de ser la primera sección que se dirigió con paso firme y sólido á tan grande objeto".

El coronel graduado de milicias don Simón Bolívar, fué nombrado en unión del eminente patricio don Luis López Méndez, comisionado del nuevo Gobierno de la colonia cerca del Gobierno británico. En aquella delicadísima misión prestó Bolívar uno de los más eficaces servicios á la Causa libertadora, determinando sus gestiones y las de su digno compañero, la respetuosa y conciliadora línea de conducta que sirviera de norma en lo sucesivo al Gabinete de Saint James, el que, por otra parte, ya no volvió á recibir, ni pública ni privadamente, al Representante de ninguna de las Colonias españolas de América, durante el largo y doloroso proceso de la Emancipación.

Bolívar regresó á Caracas antes de que se hubiese resuelto el temible problema de la declaratoria formal de nuestra independencia absoluta. Su verbo tronó exaltado desde la tribuna de la Junta Patriótica—especie de Club Jacobino que había instituido nuestra juventud desde principios de la Revolución,—y en las barras del Congreso, defendiendo la extrema solución libertaria y apostrofando elocuentemente á los tímidos y á los cobardes que proponían detenerse ó volver al punto de partida. Por fin, el 5 de julio de 1811 fué solemnemente sancionada y promulgada la célebre Acta de Independencia Nacional.

Mientras tanto, la tea de la guerra que por todas partes agitaba con violencia el espíritu reaccionario, levantaba en Occidente el resplandor de un incendio. La invasión de Monteverde ganaba terreno precipitadamente y había que oponerle la más alta energía militar que la naciente República tuviese á su servicio. El General Francisco de Miranda,

venezolano esclarecido en los combates por la libertad humana, compañero de Washington y de Lafayette, espada de primera clase que había sido en defensa de los principios de la Revolución Francesa, y esforzado precursor de la nuestra, fué nombrado Comandante en Jefe del ejército patriota. El Generalísimo distinguió á Bolívar con el cargo de Jefe de la plaza de Puerto Cabello, de notable importancia por su posición estratégica y cuantiosos elementos de guerra que encerraba. Por desgracia, el hado siniestro que en aquellos días venía presidiendo inexorablemente los destinos de nuestra hermosa Causa; el mismo hado siniestro que había destruido en 26 de marzo de ese año infausto de 1812 algunas de nuestras ciudades más populosas, por medio de un terremoto que el fanatismo clerical aprovechaba para trabajar en la conciencia ignara de los pueblos el desprestigio de la idea revolucionaria y que, por oposición, hacía exclamar á Bolívar: "si la naturaleza se opone á que seamos libres, venceremos á la naturaleza"; el mismo hado siniestro que cegó á Miranda frente al inexperto y sanguinario Monteverde hasta hacerle entregar la República, maniatada y sin combatir, á la fingida magnanimidad de su adversario, arrebató á Bolívar, valiéndose de un traidor que más tarde fuera severamente castigado en Boyacá, el gobierno militar de Puerto Cabello, para darlo, en los momentos más críticos de la lucha, á los defensores de nuestra esclavitud. El coronel Bolívar, después de consagrar vanos y heroicos esfuerzos á la reconquista de la plaza, embarcose con rumbo á La Guaira, en donde á poco se dieron cita, empujados por la onda del desastre, los más prominentes corifeos de la República, entre ellos el Generalísimo Miranda. Una exageración de celo revolucionario condujo á varios de los más distinguidos oficiales allí congregados á reducir á prisión á Miranda, la noche del 30 de julio, con el propósito de imponerle al día siguiente la pena capital, por atribuírsele toda la responsabilidad de la infinita desgracia acaecida. Los que amamos sinceramente el nombre de Bolívar y bien lo quisiéramos tan grande como puro, habremos de lamentar siempre verlo figurando entre los principales conspiradores de aquella noche en que fueron entregados á la torcida conducta del Comandante republicano de La Guaira, los restos más valiosos del naufragio nacional. El mismo Bolívar cayó,—víctima de su error que al despedazar la disciplina creyó vengar con justicia la

aparente muerte de la Patria,—en manos del rencor peninsular, de las cuales milagrosamente escapara para ir á continuar en la Nueva Granada la gigantesca lucha en que se había empeñado.

La noble tierra granadina fué el teatro en donde el genial temperamento guerrero de Bolívar exhibió la primicia de aquellos brotes prodigiosos que exornaron brillantemente su figura y fundamentaron su exaltación al primer rango; y donde también comenzó á probar el triste embate de las emulaciones cobardes y mezquinas que sucesiva y perennemente amargaron su vida hasta morir y que después de muerto persiguen su memoria.

Apenas llegado á Cartagena, el gobierno de esta provincia le nombra jefe del importante punto de Barrancas bajo las órdenes del francés Labatut, quien ejercía la Comandancia General de las tropas expedicionarias sobre la provincia de Santa Marta. Avergonzado Bolívar de la inexplicable inercia del General en Jefe, por propia deliberación é iniciativa, abre operaciones contra las fuerzas realistas que dominaban la provincia y el curso del Magdalena, alto y bajo, y en menos de veinte días, del 15 de diciembre de 1812 al 2 de enero de 1813, á despecho del furor insano y torpes maquinaciones de su Jefe, concluye la campaña, derrotando en más de cinco encuentros al enemigo, dispersándolo totalmente, y conquistando como trofeo de sus victorias cien piezas de artillería, mil quinientos fusiles y cuantioso parque.

De allí dirígese á la provincia de Pamplona á socorrer al coronel de la Unión Manuel Castillo. Por medio de movimientos hábilmente concebidos y rápida y valientemente ejecutados, desconcierta y debilita á sus poderosos adversarios que se repliegan sobre San José de Cúcuta, en donde empéñase formal y encarnizada batalla que termina con uno de los más brillantes triunfos obtenidos por Bolívar.

Situado ya en la línea fronteriza con Venezuela, el sentimiento patrio y su portentosa facultad calculadora, le ratifican con entusiasmo irrefrenable, en sus planes de invadir aquel territorio y de traer á las luchas por la emancipación americana el precioso contingente de los aguerridos batalladores que aun yacían postrados bajo el golpe de la rota de Miranda. A esos planes opónese tenazmente el coronel Castillo, quien los habría hecho fracasar, si la elocuencia sub-

yugadora de Bolívar no hubiese llevado en sus exposiciones á los Gobiernos de la Unión y Cartagena, felizmente presidiendo aquél por el gran Camilo Torres, la demostración palmaria y luminosa del acierto que los había hecho concebir y el señalamiento notorio de la superior capacidad que los había de ejecutar.

Al frente de quinientos hombres y de un reducido cuadro de oficiales, dió principio Bolívar en 15 de mayo de 1813 á la temeraria empresa de libertar á Venezuela. En triunfo marcha hasta Trujillo en donde le detienen las órdenes del Gobierno de la Unión y la necesidad de reorganizar las provincias libertadas.

Mientras hace su temible espada un alto forzoso en el campamento de Trujillo, hagámoslo también nosotros para referirnos á la comentadísima proclama en que, con fecha 15 de junio del mismo año, fulminó su tremenda declaración de guerra á muerte.

La conducta observada por los personeros de la tiranía española á raíz de la capitulación de Miranda en la Victoria, fué para los venezolanos de trágica sorpresa. Rotas fueron, con la más refinada perfidia, las estipulaciones del tratado, comenzando por Miranda que fué á expiar en una ergástula el delito de su inconcebible candidez. A los ojos de los odiados mandarines, la muerte, la ruina y los ultrajes del honor, parecieron débil punición para el conato independiente; millares de cabezas patricias fueron segadas por la hoz implacable del vencedor realista; sus bienes, confiscados; sus damas, violentadas; sus deudos, desterrados. Nuestro luto mereció la befa; nuestro dolor, el escarnio; nuestro decoro, el vilipendio; nuestro ruego, el menosprecio. Por todas partes, la delación hizo estragos y la ferocidad de los verdugos sembró el terror inmovilizando las conciencias y los brazos que debían combatirlos. Situado para su examen en el discutible terreno de las represalias, el Decreto de Trujillo estaría plenamente justificado; empero, habrá que colocarlo siempre en un terreno mucho más alto: el de las dolorosas, inexcusables necesidades de la guerra. Y en este campo de observación positiva, el Decreto de Trujillo merecerá imparcialmente de la Historia un veredicto de rotunda absolución. En efecto, la lucha no era igual: de una parte, el fanatismo político en íntimo consorcio con el fanatismo religioso, hiriendo ciega y desconsideradamente al adversa-

rio, arrollándolo todo, atropellándolo todo, exterminando á los fuertes y amedrentando á los débiles; juzgando que para vencer la aspiración patriota no debían existir medios vedados, consecuencia del viejo criterio colonial que desde su origen reputó al americano un sér fuera de ley. De la otra parte, moderación, respeto, humanidad; términos que llenaron de audacia al enemigo,—que reincidió constantemente sin temor,—y fomentaron agitaciones, desórdenes, traiciones, en el propio campo, seguro de quedarse impune. Bolívar probó á nivelar la situación; sólo que, mientras la hipócrita maldad del bando realista mataba sin declaraciones categóricas y previas, la arrogante nobleza del caudillo republicano exponía su tesis ante el mundo, francamente, valerosamente, como quien tiene su frente limpia de pecado y el corazón satisfecho de dar cima al cumplimiento del deber.

A fines de junio prosiguió Bolívar sus operaciones militares, con tanta decisión, talento y acometividad, que el 6 de agosto del mismo año pudo penetrar con su ejército en Caracas, después de haber recorrido una dilatada trayectoria triunfal que marcada quedó á perpetuidad por los gloriosos jalones de táctica, estrategia y heroísmo, *Niquitao*, *Los Horcones*, *Araure* y el primer *Carabobo*.

Caracas otorgó entonces á Bolívar, por primera vez, el título de Libertador, y todo el apoyo moral y material que pudo para la consolidación de la titánica obra realizada. Desgraciadamente, ya los vientos sopladados por los hábitos del vasallaje, el oscurantismo y la superstición, desencadenaban la tempestad que durante años debía agitar furiosamente el oriflama redentor y que condujo el empeño victorioso de Bolívar á una meta de excepcional sublimidad. Los pueblos sintiéronse presa de un terror sagrado en presencia de los bizarros demolidores del trono y de un ardiente celo fanático por la defensa de éste, y de todos lados surgieron legiones de guerreros ganosos de desagruar con su sangre la Divinidad ofendida y de escarmentar rudamente á los que osaban quebratar las cadenas de la servidumbre, miradas como cosa santa. Bolívar debía sucumbir momentáneamente al fiero empuje,—no sin dejar constancia de su maravillosa inventiva militar, del nervio de su brazo, de la grandeza de su fe, de su valor indómito,—y se retiró hacia el Oriente.

La historia americana registra en páginas de eterno luto acusador la fantástica hecatombe levantada en aquellas

ocurrencias por la monstruosa cuchilla colonial. Las poblaciones ocupadas por los realistas vencedores fueron entregadas al asesinato, á la violación y al saqueo. Todos los hombres ligeramente sospechados de patriotas fueron muertos en medio de aterradores suplicios; también lo fueron sus hijos, así fuesen ternísimos infantes, y sus esposas é hijas violentadas con brutalidad inaudita. La emigración que salió de Caracas convoyada por el ejército patriota y constituida por más de la mitad de la masa pobladora, halló su tumba en el éxodo inclemente. Los nombres de Boves, Morales, Rosete, Yáñez, Antoñanzas y Zuazola, forman una fatídica mancha negra en el vasto campo luminoso de nuestros anales patrios.

Las llanuras y las costas orientales de Venezuela mostráronse impopulares al Libertador, cuya autoridad se vió desconocida por dos de sus principales tenientes: Ribas, el vencedor en Niquitao y el ínclito defensor de La Victoria, y Bermúdez, el bravo entre los bravos. En consecuencia, dirigióse á la Nueva Granada á dar cuenta al Congreso de la Unión del lamentable curso que habían tomado los sucesos.

Durante su permanencia por segunda vez en la tierra granadina, batalló tesoneramente por restablecer el prestigio del Poder General,—garantía de triunfo en el propósito emancipador,—hondamente quebrantado por la exageración de los principios federalistas en que habían caído algunas provincias, de modo singular las de Cundinamarca y Cartagena. Estériles resultaron sus esfuerzos y con ánimo generoso, de mucho antes expresado, de conjurar la anarquía con su eliminación, el 8 de mayo de 1814 salió para Jamaica.

Alrededor de dos años ejerció Bolívar en las tierras antillanas el augusto apostolado de la idea, hasta que logró condensar,—protegido por Petión, el altísimo repúblico de Haití,—en la expedición llamada de los Cayos, su infatigable propaganda á favor de la libertad americana. El 3 de mayo de 1816 pisaba de nuevo el suelo amado de la Patria, en las costas de la heroica Nueva Esparta.

La campaña que se iniciaba en Venezuela debía destacar en toda su plenitud la fuerza extraordinaria y múltiple del genio de Bolívar, ora combatiendo los numerosos y aguerridos tercios españoles comandados por Morillo; ora venciendo las dificultades que á sus planes oponen sus mis-

mos compañeros; aprovechando eficazmente la victoria; reparando con presteza los reveses; avanzando siempre en el empeño de dar fisonomía seria y perdurable á la República. A este fin, entre otras medidas trascendentales, crea primero un Consejo de Estado, y reúne después, el 15 de febrero de 1819, en la histórica Angostura, hoy Ciudad-Bolívar, un Congreso Constituyente. Presenta entonces Bolívar un proyecto de ley fundamental en el que exhibe una rara potencia de sana observación sociológica, que más tarde debía exagerar en su célebre proyecto de Constitución para Bolivia y el Perú. Convencido de que nuestros pueblos no estaban educados para usar prudentemente de la libertad en el seno de las fórmulas más avanzadas de la democracia, propone que á ellas llegáramos un día por medio de sucesivas y graduales transformaciones políticas. Los hechos han venido á confirmar que su pensamiento no caminaba sin brújula en el estudio experimental del desarrollo de las agrupaciones humanas.

No quería Bolívar que transcurriese el año de 1819 sin haber amplificado su teatro de operaciones llevando la guerra á la Nueva Granada, completamente sojuzgada por las armas peninsulares. Con pasmo de sus adversarios y justa admiración universal, sus desnudos y escasos batallones tramontan la Cordillera de los Andes y caen como un alud sobre la tercera división del ejército español. *Pantano de Vargas* y *Boyacá*, con el anulamiento total de las huestes enemigas, son las llaves maestras y gloriosas con que abre Bolívar, para no cerrarse ya más, las puertas de la Nueva Granada á los soldados de la libertad.

Desde Bogotá, en donde recibe los honores del triunfo, anuncia Bolívar la unión de la Nueva Granada y Venezuela para formar la República de Colombia, acto que fué sancionado por el Congreso de Angostura, en 17 de diciembre de ese mismo año de 1819. Bolívar fué electo Presidente con facultades extraordinarias de procedimiento en los lugares en que personalmente se encontrase dirigiendo las operaciones militares.

Se acerca la hora en que el delirio de Casacoima ha de convertirse en una estupenda realidad. Colombia existe de hecho y de derecho; en el campo inmortal de *Carabobo*, el 24 de junio de 1821, refrenda sus títulos á la independencia de España y á las simpatías y consideración del Mundo, y

ya su genio libertador se avanza hacia las provincias del Sur para domar la resistencia de Pasto y de Patía, concurrir á la emancipación de Quito y realizar la incorporación de Guayaquil. En *Bomboná* y *Pichincha* quedan sellados con la espada propósitos tan altos como arduos.

En Guayaquil tiene lugar la famosa entrevista de Bolívar y San Martín, que ha permanecido envuelta en las sombras de un misterio impenetrable, pudiendo apenas deducirse de la conducta observada por los dos máximos campeones de la Independencia hispanoamericana, que en esa entrevista quedó concertada la cesión de San Martín á Bolívar de su puesto en la generosa empresa de libertar el Perú.

El Libertador accede á las reiteradas instancias del Ejecutivo y Congreso del Perú y el 1º de setiembre de 1823 trasládase al asiento del antiguo Imperio de los Incas, á tallar en el mármol de nuevas victorias legendarias los últimos lineamientos de su obra.

Fué el Perú el escenario en que lujosamente evidenciada quedó la infinita superioridad política y guerrera de Bolívar sobre San Martín. Mientras el libertador del Sur realiza su invasión con plétora de elementos militares, marítimos y terrestres, recoge las primicias del entusiasmo de pueblos que aun no habían sufrido el terrible sacudimiento de la guerra y sólo se le opone un débil enemigo que no sabe combatir y que, sin disputarlo, le cede gran parte de su campo, y á pesar de todo ello fracasa en el empeño; el libertador del Norte acude á la cita que se le hace, minado por el sordo recelo de sus conciudadanos que ejercen el Poder y que le niegan los recursos que en vano solicita, encuentra al elemento republicano del Perú dividido y agitado por las facciones, los Poderes Públicos anarquizados, en popular descrédito el ideal revolucionario, el territorio desolado, su salud declinando hasta rozar la huesa en Pativilca, la traición rindiendo enormes frutos á la Causa realista y de frente, un ejército constante de veinticinco mil plazas, veterano, abundantemente provisto, enorgullecido con sus recientes victorias y comandado por los jefes españoles de mayor nombradía y de pericia incontestable, y, sin embargo, triunfa en menos tiempo que su más grande, bizarro y noble émulo sucumbe. Por arte de su fe y de su energía que siempre supo vibrar en el diapasón más alto hasta reducir al silencio los rugidos de todas las tormentas á su alrededor levantadas por

los elementos adversos, Bolívar improvisa y disciplina batallones, restablece en los pueblos el prestigio de la Revolución, ahoga los gérmenes de la discordia, unifica los bandos, restaura su salud, vence en *Junín* y pulveriza en *Ayacucho* los restos amenazantes y soberbios del poderío español en el Continente, y al conjuro de su palabra del caos surge Bolivia; después, su alma de titán sonríe, trepan sus plantas la enhiesta mole del Potosí y sobre las cumbres argentadas de este monte, tal como lo soñó en las remotas selvas solitarias de Guayana, despliega al viento de los siglos los vivos colores del iris de Colombia. ¡Oh, tiempos aquellos gloriosos de mi Patria!

Desde Lima dirige Bolívar su célebre circular á los Gobiernos de los Estados erigidos soberanos sobre las pavesas del despotismo español, proponiendo el establecimiento de una gran confederación americana, por medio de una Asamblea de plenipotenciarios "que debía de servir de Consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete en los tratados públicos; y de conciliadora, en fin, de nuestras diferencias", según reza el texto original del mencionado documento. Desde mucho antes acariciaba su mente, poblada siempre de ensueños excelsos, este proyecto grandioso que debía estrellarse fatalmente contra la granítica roca de las imperfecciones humanas. En su alocución de 12 de junio de 1818 á los habitantes del Río de la Plata, les decía: "La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará á una sola sociedad, para que nuestra divisa sea Unidad en la América Meridional".

Y no era Bolívar de los que aman en actitud contemplativa las ideas, ni de los que abrazan un partido para permanecer estacionario. Su amistad, ofrecida á la Argentina, tuvo prendas cuando esta República, amenazada de conflicto con el Imperio del Brasil, discretamente la invocó; y su fervor libertario tuvo lista una expedición de diez mil hombres á las órdenes de Páez, el héroe mitológico de "Las Queseras", para disputar á la monarquía española la independencia de Cuba y Puerto Rico.

El 3 de setiembre de 1826, abandona Bolívar, para volver á Colombia, las playas del Perú. A su regreso á la

Patria le esperaban: la lucha fatigante de los partidos, la legión de los homúnculos,—ascosos roedores en las carnes lozanas de los predilectos de la gloria,—el dardo pártico de los inconsecuentes é ingratos, el puñal de la noche setembrina, la inevitable disolución de la República, la proscripción, y la muerte, al fin, la muerte, el 17 de diciembre de 1830, pobre, abandonado de sus amigos, asomando el alma sus dolores por cada intersticio de su cuerpo, amando á sus conciudadanos y dirigiéndoles el sabio apóstrofe consejo: “Unión, unión, colombianos, ó la anarquía os devorará”.

* * *

La obra de Bolívar, por su magnitud, por las hazañas portentosas en ella realizadas, por el tacto y previsión en ella desplegados y por multitud de otros valiosos elementos, bien puede equipararse con justicia á las obras que han labrado las reputaciones de los tres capitanes más célebres del Mundo: Napoleón, César, Alejandro. Mas, por los fines perseguidos, por los puntos de partida y por los medios con que han sido trabajadas, resulta á favor de la de aquél una grandeza abrumadora.

En efecto, Napoleón fué el soldado, cuyo genio prodigioso mimara la fortuna, hasta hacerlo dueño, el 18 de Brumario, de los destinos de Francia; pero él no hizo la Revolución, la encontró formada y se aprovechó de ella para llegar, empinándose en la cresta de su oleaje, hasta colocarse á la cabeza del Estado; después, se sirvió del Estado, de sus fuerzas colosales preexistentes, en su quimérico anhelo de fundar el Imperio universal. César fué el patricio á quien sus miras ambiciosas aficionaron á la guerra y llegó á ser, por designación de la República y como premio á sus eximias virtudes militares hábilmente apoyadas en intrigas y manejos de política interior, el general de las mejores legiones; pero Roma, antes de César, había creado sus legiones y de éstas la potencialidad irresistible era el resultado de consagraciones y esfuerzos seculares. Alejandro nació Rey y recibió de Filipo un brillante ejemplo que seguir y un grande ejército

avezado á combatir y á triunfar. Por el contrario, Bolívar no encuentra Patria y, para hacerla, debe de vencer en primer término la resistencia que le oponen y el ataque que le dan aquellos mismos que debían constituirla y disfrutarla. "Dadme un punto de apoyo, y por medio de la palanca removeré el mundo", decía Arquímedes. Bolívar, no obstante esta sentencia, remueve el mundo político de América, sin punto de apoyo exterior; dentro de sí mismo residieron: la palanca, el ideal, el punto de apoyo, su voluntad. Y mientras que aquellos ilustres capitanes aspiraron á dilatar por la conquista sus dominios para reinar sobre mayor número de súbditos, Bolívar redime á sus connacionales de la esclavitud, los eleva á la categoría de ciudadanos, rompe á golpes de su tajante espada las cadenas que ultrajan á sus hermanos y vecinos y doquiera alcanza el influjo de su brazo levántanse altares á la libertad.

Sus enemigos le acusaron de haber ambicionado la corona. La corona, él, que antes que opresor fué oprimido constantemente por el voto de los pueblos que con razón le juzgaron necesario á su salud, para conquistarla, primero, para consolidarla, después. La corona, él, prototipo de nobleza y de desinterés; que sacrifica al ideal independiente su enorme fortuna personal; que jamás percibe una sola paga de sus haberes militares ni de sueldos atrasados como Presidente de Colombia; que rechaza reiteradas veces el cuantioso donativo de un millón de pesos que el Perú le hace, admitiendo sólo la suma de cuatro mil libras á favor del célebre pedagogo don José Lancaster para ensayo en Caracas de su método de enseñanza, y debiendo al fin pagar de su peculio en 1830 su giros protestados; que destina á Sucre—el táctico admirable de Ayacucho y el más grande y el más puro de sus lugartenientes,—diciendo ser éste quien la merecía, la guirnalda de oro guarnecida de brillantes y de perlas con que le oblacianan los habitantes del Cuzco; que en el apogeo de su gloria en el Perú, niega ser él el único Jefe digno de ocupar el Solio Supremo y ante las muchedumbres asombradas toma del brazo al general Lamar, y dice: "éste es, señores, el hombre digno de mandar el Perú"; que declara á Santander en 1819, "el más acreedor á la gratitud de Colombia", por el hecho sencillo y lógico, natural y necesario, de haber promulgado en la Nueva Granada la Constitución de Colombia; que renuncia incesantemente el Poder con que

le obsequiaban sus conciudadanos, las más de las veces la distancia, desde donde no sólo no podía ejercer coacción sobre la voluntad deliberante del Congreso, sino en donde había ya recibido los tiros certeros que desde ese mismo Congreso le dirigían sus émulos. La corona, él, que bien pudo tomarla si la hubiese ambicionado y que expresamente la había repudiado protestando á sus amigos que jamás imitaría á César, Napoleón ó Itúrbide. "Tales ejemplos, decía, son indignos de mi gloria. El título de *Libertador* me parece superior á todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo". Y decía bien: el barro del trono habría mancillado la figura de quien, como él, había recibido de las cumbres más salientes de la humanidad contemporánea, sinceros y altos homenajes tributados á su genio, y arrancado al árbol de la gloria las hojas más brillantes y hermosas para tejer sobre las propias sienas una refulgente corona inmarcesible.

* * *

El destino de Bolívar estuvo constantemente señalado por el infortunio, como si un hado adverso le hubiese perseguido y aun le persiguiera. Nada debió él jamás á la casualidad; nunca le sorprendió un feliz suceso inesperado; el Acaso fué siempre su enemigo. Su tenacidad sin ejemplo, su previsión vigilante y la temeridad de su valor, encadenaron á su carro la victoria. Y después de muerto, su memoria se semeja á uno de esos grandes soles cuya luz va perdiendo cada día intensidad y calor, á medida que los pueblos redimidos por su espada van volviéndose puntos cada vez más pequeños y opacos en la mudable vía láctea de las sociedades civiles.

Su figura trajina por los campos de la historia como el espectro acusador de Banquo.

Yo he sentido un día, en el apacible ambiente de la Quinta de San Pedro Alejandrino,—que debiera ser la Meca para los que comulgamos en la santa religión de la libertad americana,—el remordimiento de la culpa amontonada por las pasadas y presentes generaciones peca-

doras. En la pequeña estancia, en donde el Padre inolvidable había vuelto á sumergirse en la región desconocida, hice la evocación de sus días últimos, en que la tisis devoraba el cuerpo, mientras que el desencanto, la soledad, la miseria, el punzador desfile de grandes acciones remotas y quizás estériles, la trágica silueta de los seres en quienes la ingratitud había colgado el nido de sus víboras, la visión de la Patria desangrándose y el sombrío presentimiento respecto de su obra, convertían el alma en un infinito dolor torturante —como un hirviente mar sin riberas— y poblaban el contorno de quejas tristes y de rumores tibios que parecían suspiros. Una lágrima tembló en mis ojos y un voto surgió, espontáneo y fervoroso, de mi corazón.
